

EX EMBAJADOR JOSE MIGUEL BARROS

Sin diplomacia

Su pasión por la historia, su carrera, los temores políticos y la tarea que se asignó ante el Plebiscito

1921-7355

POR HERNÁN MILLAS

En su casa de San Francisco de Las Condes, donde todavía queda espacio para arrayanes, eucaliptos y abedules, el ex diplomático José Miguel Barros Franco (59) se recrea en la historia.

Pasa gran parte del día en su biblioteca transcribiendo cartas y documentos, y descifrando claves de uno de los personajes que más le apasiona: Robert Joel Poinsett, primer cónsul norteamericano en Chile y quien terminó participando en las batallas junto a los patriotas.

Exhibe uno de sus hallazgos, que encontró en archivos en Filadelfia: cartas que donña Javiera le escribía a Poinsett. Barros coge una, la más emotiva, fechada en 1827, nueve años después del trágico fin de sus hermanos. Le dice a Poinsett, que está retirado a su casa de campo en Charlotte, Carolina del Sur, y que le educa a su hijo Pedro: "Ud. me da esperanzas de verlo. Si lo logro, diré que me restaba una felicidad sobre la tierra, y que su presencia me dará la sensación amable del cielo..."

—¿No es la carta de una mujer enamorada? —exclama.

Cuesta sacarlo de su mundo, el que empezó a cultivar cuando era funcionario diplomático y debió trajar archivos para reafirmar los derechos de Chile sobre la Antártida y luego en el Beagle. Hoy es secretario perpetuo de la Academia Chilena de la Historia.

También trabaja en un libro acerca del navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, que fundó Puerto del Rey y que pasó a denominarse Puerto del Hambre. Es otro de sus personajes fascinantes.

Hay días en que los abandona y baja a la ciudad para participar en las actividades del Comité de Personalidades por Elecciones Libres, en el que aceptó colaborar.

De sus 32 años en la diplomacia, donde llegó a ser embajador en Holanda, Estados Unidos y Perú, le queda en lo económico una exigua pensión de 72 mil pesos ("No digo nada porque don Germán Vergara Donoso, que fue uno de los grandes cancilleres chilenos, murió cobrando una pensión de 64 mil pesos").

Pero la diplomacia le dio otros agrados y satisfacciones, como conocer en 1959, cuando se desempeñaba como primer secretario de la Embajada chilena en La Haya a Elna van Hovellot Westerflter, que trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Dos años más tarde se casaron. De este feliz matrimonio hay cuatro hijos, y uno de ellos, economista, que trabaja en un banco de Amsterdam,

les acaba de dar el primer nieto. Los otros hijos son otro economista, una periodista y el menor, de 18 años, que va en segundo año de Leyes.

Su carrera diplomática la resume en comienzo y fin:

—Entré por culpa y salí por palanca. Las dos fueron arbitrarias, aunque la última la provoqué yo, porque me fui.

—¿Cómo así?



José Miguel Barros: entré a la diplomacia por culpa y salí por palanca.

—En la primera situación tenía 21 años e iba en cuarto año de Leyes. Mi profesor, Agustín Vigorena, que era también contralor general de la República, me habló, diciéndome que había cinco vacantes en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Si se interesa, hable con el subsecretario, me dijo. Este era Claudio Aliaga y llegué con todos mis certificados de notas que no quiso ver. "Si don Agustín lo tiene en tal alta estima, y ha llegado

a cuarto año, no hay nada más que decir". Contrigo entraron Pedro Daza y Carlos Besa, que fue embajador en Japón. Gobernaba Juan Antonio Ríos. Sería el primero de los siete gobiernos que serviría (los otros: González Videla, Ibáñez, Alessandri, Frei, Allende y Pinochet).

—¿Y cómo es eso de la palanca?

—Es un convencimiento que emana de lo que me sucedió en mis últimos ocho meses como funcionario. Pero aparte de eso, a mí se me había producido una incompatibilidad moral entre lo que yo creía y lo que yo debía representar. Se produce en un momento un quiebre moral íntimo. Uno llega a preguntarse si puede seguir siendo el representante de un régimen que ha violado los derechos humanos. Yo creo en la dignidad del hombre, en su derecho a pensar libremente, pero por mi cargo debía hacer abstracción de eso.

—Y por qué usted no se fue antes? ¿Por

qué esperó diez años?

—Hay divorcios que empiezan al día siguiente del matrimonio. Se mantienen por los hijos, la tradición familiar. Un día se produce la ruptura definitiva. Los amigos dicen: "Se separaron de la noche a la mañana". Pero hubo un largo proceso.

"En mi caso, yo estaba dedicado sólo a mi función de representar a Chile. Cuando se produjo el golpe, estaba en Ginebra defendiendo la causa del Beagle en calidad de embajador especial. El otro era Alvaro Bunster. Envié mi renuncia y nunca tuve una respuesta más rápida: en cinco horas me contestaron que debía continuar porque tenía la confianza del nuevo gobierno. Hasta el 76 estuve dedicado totalmente al Beagle; hasta el 78, en un 80 por ciento. Era embajador en Holanda, pero continuaba preocupado del caso. Luego viene la otra tarea, como embajador en la Administración Carter.

"Siempre me sentí como un representante de Chile y así lo hice saber

al presentar mi carta de credenciales. Dije que quería ser el embajador de todos los chilenos, y eso cayó pésimo aquí. Empezaron las tarjetas amarillas. En Washington me di cuenta que no habría buenas relaciones entre los dos gobiernos mientras no se aclarase el crimen de Orlando Letelier, que se produjo antes de que yo llegase. Debo decir que cuando yo asumí como embajador, el gobierno chileno insistía en negar toda participación de

HOY N° 571, DEL 17 DE JUNIO AL 3 DE JULIO DE 1988

Sin diplomacia [artículo] Hernán Millas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barros, José Miguel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sin diplomacia [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile